

EN EL TIEMPO DE LA BALA Y LA SALAMANDRA- PROLOGO

El tiempo de la novela de Vladimir Carrillo se condensa en los primeros meses de 2002 cuando un dirigente sindical de la USO es secuestrado por el grupo paramilitar de la Autodefensas Campesinas del Casanare (ACC) y posteriormente liberado por la presión del movimiento sindical y de las organizaciones internacionales de Derechos Humanos.

A comienzos de ese año el presidente Andrés Pastrana liquida el proceso de negociación política de la paz con las FARC iniciado en 1999 en El Caguán y es elegido su sucesor Álvaro Uribe Vélez con su propuesta de “Seguridad Democrática” y el respaldo de todo el aparato paramilitar que se había desplegado desde mediados de los 90 por amplias regiones del país.

Es sintomático de la situación de guerra del país que, a pesar de los acuerdos de paz y desmovilización de más de cinco mil combatientes del M19, EPL, PRT, Quintín Lame, la CRS y las Milicias de Medellín entre 1990 y 1994 y de la profunda reforma política que significó la Constitución de 1991, el conflicto armado se agudizó y la ofensiva de las FARC, con grandes unidades guerrilleras contra destacamentos y bases del Ejército colocó a las Fuerzas Armadas al borde de la derrota. A finales de 1996 la XIX Conferencia de la ANIF (Asociación Nacional de Instituciones Financieras) se preguntaba. “¿Por qué estamos perdiendo la guerra?”¹

La respuesta del establecimiento fue doble: De un lado la Mesa del Caguán que buscaba fijar a las FARC a un territorio para una negociación de paz con un temario enciclopédico y sin voluntad real de las partes de acordar el fin del conflicto armado, mientras el gobierno de Clinton imponía a Pastrana la versión del Plan Colombia que, bajo el pretexto de la lucha contra el narcotráfico, implementó una profunda reingeniería del Ejército colombiano y lo dotó de las herramientas tecnológicas (aviación, helicópteros, radares, bombas inteligentes) que alteraron la correlación militar en beneficio del Estado. Pastrana se enorgullece de ser el padre del Plan Colombia como instrumento de guerra y olvida convenientemente que su propuesta original se trataba de un Plan Marshall para la Paz. Uribe despliega toda la potencialidad de la intervención norteamericana en la guerra interna colombiana, se acoge en forma oportuna a la guerra antiterrorista de Bush y, al mismo tiempo que desata la ofensiva del Plan Patriota contra las FARC logrando desarticular su ofensiva, implanta desde su gobierno un régimen de fascismo criollo.

De otro lado el establecimiento recurre a la paramilitarización de la respuesta oficial. Desde mediados de los 60 la recomendación de las misiones militares de Estados Unidos para la aplicación de la doctrina contrainsurgente de Seguridad Nacional aconsejaba involucrar a la población civil en la guerra mediante la creación de grupos de autodefensa. Y en los años 80 se tejió la alianza de hacendados, narcotraficantes, militares y políticos regionales para crear grupos paramilitares con los que oponerse a los procesos de negociación con la insurgencia, proteger su control sobre los poderes locales y sobre las formas tradicionales de acumulación en economías

¹ “Justicia y Seguridad en Colombia”, Memorias de la XIX Asamblea Ordinaria, Octubre de 1996, Bogotá.

legales e ilegales (narcotráfico, banano, palma, minería, despojo de tierras) y eliminar el peligro de los liderazgos sociales y la competencia política mediante el terror de una serie de masacres en diferentes territorios del país que empiezan a producir oleadas de desplazamiento forzado. A mediados de los 90, en plena ofensiva de las FARC, se crean las Autodefensas Unidas de Colombia al mando de los Castaño como una coordinación de grupos paramilitares con una misión muy precisa: utilizando un discurso contrainsurgente y en connivencia con las Fuerzas Armadas oficiales, desatar una violenta contraofensiva que tenía como objetivo no sólo el repliegue de la insurgencia, FARC y ELN, sino el despojo masivo de tierras en otra reedición de la contrarreforma agraria que ya las élites habían utilizado durante la Violencia de los años 50 y nuevamente durante los 80. Así, mientras los intentos oficiales de reforma agraria (Ley 100 de 1936, Ley 135 de 1961) fracasaron por la oposición violenta del establecimiento, los señores de la guerra (Duncan), en alianza con los señores de la tierra, trataron de imponer por el terror un modelo de economía hacendataria para la producción de bienes exportables en la que los campesinos despojados estarían invitados como mano de obra proletarizada.²

Este proyecto de “refundación de la patria” contó con la solidaridad de amplios sectores del Estado y de la sociedad, buscó legitimidad con la colaboración de medios de comunicación, se concretó en pactos políticos regionales y estuvo en la base de la Parapolítica que en el año 2002 se apoderó de casi el 35% del Congreso y llevó a la Presidencia de la República a Álvaro Uribe Vélez.³

Ese mismo año ocurren los acontecimientos novelados en este libro en una región del suroriente del país, el Departamento del Casanare. Estamos en territorio controlado por las Autodefensas Campesinas del Casanare (ACC), un grupo paramilitar nacido a comienzos de los 80 y organizado por la familia Buitrago, el padre un viejo guerrillero liberal, y sus hijos, en asocio con el Cartel de Medellín y con el llamado zar de las esmeraldas Víctor Carranza, que mantenía diferencias con las AUC, se distanció de la negociación de Santa Fe de Ralito y terminó enfrentado en una guerra brutal con el Bloque Centauros de las AUC entre 2003 y 2004 en la que fue derrotado.

En esa zona de los Llanos Orientales la economía ganadera y agrícola convivía con los cultivos de coca y con la explotación petrolera a través de la compañía estatal Ecopetrol y de la British Petroleum que explotaban los campos de Cusiana y Cupiagua desde mediados de los 90. Ante la fuerte presencia de las guerrillas de las Farc y Eln en la región el Estado reforzó la seguridad de los oleoductos con la presencia de la Brigada XVI del Ejército Nacional, y la transnacional BP recurrió a la empresa de seguridad privada Defense Systems Limited que, en asocio con la



Aury Sará

Corporación para el Fortalecimiento de la Economía Social



YOCUENTO

² María Teresa Ronderos, “Guerras Recicladas. Una historia periodística del paramilitarismo colombiano”, Aguilar, 2014, Bogotá.

³ Nuevo Arco Iris, “Parapolítica. La ruta de la expansión paramilitar y los acuerdos políticos”, Intermedio, 2007, Bogotá.

Brigada XX de inteligencia del Ejército trazaron una estrategia de protección de los pozos, del oleoducto y de los intereses de los inversionistas en la industria petrolera.⁴

Lo criminal es que entre los enemigos a combatir no estaba sólo la guerrilla sino las organizaciones y líderes sociales y sindicales, en particular los dirigentes de la Unión Sindical Obrera USO, y que, de la estrategia de protección hizo parte la alianza, promoción, financiación y fortalecimiento de los grupos paramilitares.⁵

La USO, el sindicato de trabajadores de la industria petrolera, se creó casi al tiempo con el comienzo de la explotación petrolera por parte de las compañías norteamericanas en 1916 en el territorio del Magdalena Medio. Las condiciones de sobreexplotación y miseria de los trabajadores en las zonas de enclave llevaron a la fundación en 1923 de la organización sindical y a su primera huelga en 1924. Posteriores huelgas en 1927, 1935, 1938, 1946, 1948 fueron fortaleciendo en los trabajadores del petróleo una conciencia de clase y nacionalista con respecto a los recursos naturales del país. De la huelga obrera de 1948 y la creación de una opinión pública favorable a la nacionalización de los recursos petroleros nace en 1951 la Empresa Colombiana de Petróleos Ecopetrol.⁶

La economía petrolera definió las relaciones del Estado colombiano con las compañías transnacionales y el carácter extractivista y de reprimarización de la economía nacional que se fue configurando desde los años 70. Así mismo fue fundamental en el diseño de nuestro espacio en el tablero geopolítico de las grandes potencias, sobre todo con referencia a la disputa por el mercado energético. Cuando a comienzos de los 90 se nos anuncia que la llegada al futuro consiste en la aplicación de las recetas neoliberales de libre comercio, extractivismo y flexibilización laboral, la clase dirigente colombiana nos notifica que nuestra soberanía nacional está hipotecada a la globalización neoliberal.

Es en este contexto que la llegada de la British Petroleum al Casanare en los 90 detrás de la explotación de los campos de Cusiana y Cupiagua complementa la larga experiencia de economías petroleras de enclave de la Standar Oil (Tropical Oil) en Barranca desde comienzos del siglo pasado, o la de la Gulf Oil (Colombian Petroleum) en el Catatumbo en 1931, la de la Texas Petroleum en el Putumayo en 1963 y Arauca en 1983.

La caída entonces de un obrero petrolero, sindicalista de la USO en manos de los paramilitares de las ACC en Febrero de 2002 en Monterrey, Casanare, presagiaba una nueva tragedia. Hacía poco, a comienzos de Diciembre, había sido secuestrado, torturado y asesinado en Cartagena el trabajador y sindicalista Aury Sará Marrugo por parte de la Autodefensas Unidas de Colombia

⁴ Fernán E. González et al, "Conflicto y territorio en el oriente colombiano", Cinep, 2012, Bogotá.

⁵ Jenny Pearce, "Más allá de la malla perimetral. El petróleo y el conflicto armado en Casanare", Cinep, 2005, Bogotá.

⁶ Renán Vega Cantor et al, "Petróleo y protesta obrera. La USO y los trabajadores petroleros en Colombia", v. 1 y 2, Corporación Aury Sará Marrugo, 2009, Bogotá.

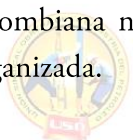
(AUC) que lo acusaron de ser comandante guerrillero. La reacción inmediata de la USO fue el paro y la parálisis del bombeo del oleoducto desde la estación Porvenir en Casanare lo que produjo grandes pérdidas y la ira de las compañías petroleras y de sus empresas de seguridad que decretaron el castigo contra Gilberto Torres, Secretario General y de Salud de la Subdirectiva de la USO en dicha estación.

Entonces la tragedia, mediante la alquimia de los múltiples condicionamientos de la realidad, un final inesperado y la magia tropical de lo real maravilloso que exploró Alejo Carpentier y entre nosotros hizo escuela con nuestro Gabo, se convierte en un relato asombroso de resistencia, mecanismos psicológicos y oníricos de sobrevivencia y un proceso de exploración al interior del fenómeno paramilitar a medida que el secuestrado desciende a los círculos del infierno y allí se le van develando los personajes de la tragedia y sus relaciones criminales.

Vladimir Carrillo nos conduce al inframundo del subconsciente de Gilberto Torres desde donde el símbolo de la salamandra que comparte con el secuestrado la tumba en la que lo han encerrado en la profundidad de la selva, lo transporta a otras experiencias del pasado cuya representación le permite reconstruir la identidad del sujeto que está a punto de desaparecer pero que milagrosamente resucita y regresa de las sombras.

La bala, sin embargo, es la realidad concreta de un país en guerra, de la persecución criminal al sindicalismo, de la violencia oficial, transnacional y paramilitar que convergen en la defensa de ambiciones e intereses antinacionales, de la justicia de los psicópatas cuyo poder “era poder decidir la realidad a cada instante, reescribir historias a cada momento, sin que nadie en estos apartados bosques pudiera negárselo”. Y esa realidad incontrastable era que “su sindicato es un órgano a las órdenes de los comunistas, un brazo político de las guerrillas marxistas”. Es el relato que justifica la masacre, el asesinato, el expediente que el establecimiento utilizó siempre para deslegitimar, estigmatizar y reprimir al movimiento social y sindical.

Han pasado casi quince años y Colombia se acerca hoy al final del conflicto armado mediante un proceso de negociación política del Estado con la insurgencia guerrillera. Mientras tanto el Gobierno de Álvaro Uribe acordó con las AUC una desmovilización incompleta entre 2003 y 2006 a pesar de la cual el fenómeno del paramilitarismo no sólo subsiste sino se reproduce amenazadoramente sobre los procesos de restitución de tierras y sobre la seguridad de los actuales acuerdos de paz. No basta con ponerle nuevos nombres a la misma realidad ni con desestimar la gravedad de la persistencia de grupos como los Urabeños o los Rastrojos. El Estado comprometió su responsabilidad en la Mesa de la Habana en dismantelar el fenómeno criminal y la sociedad colombiana no podrá aclimatar la reconciliación sin romper todo vínculo con la criminalidad organizada.



Aury Sará
Corporación para el Fortalecimiento de la Función Social



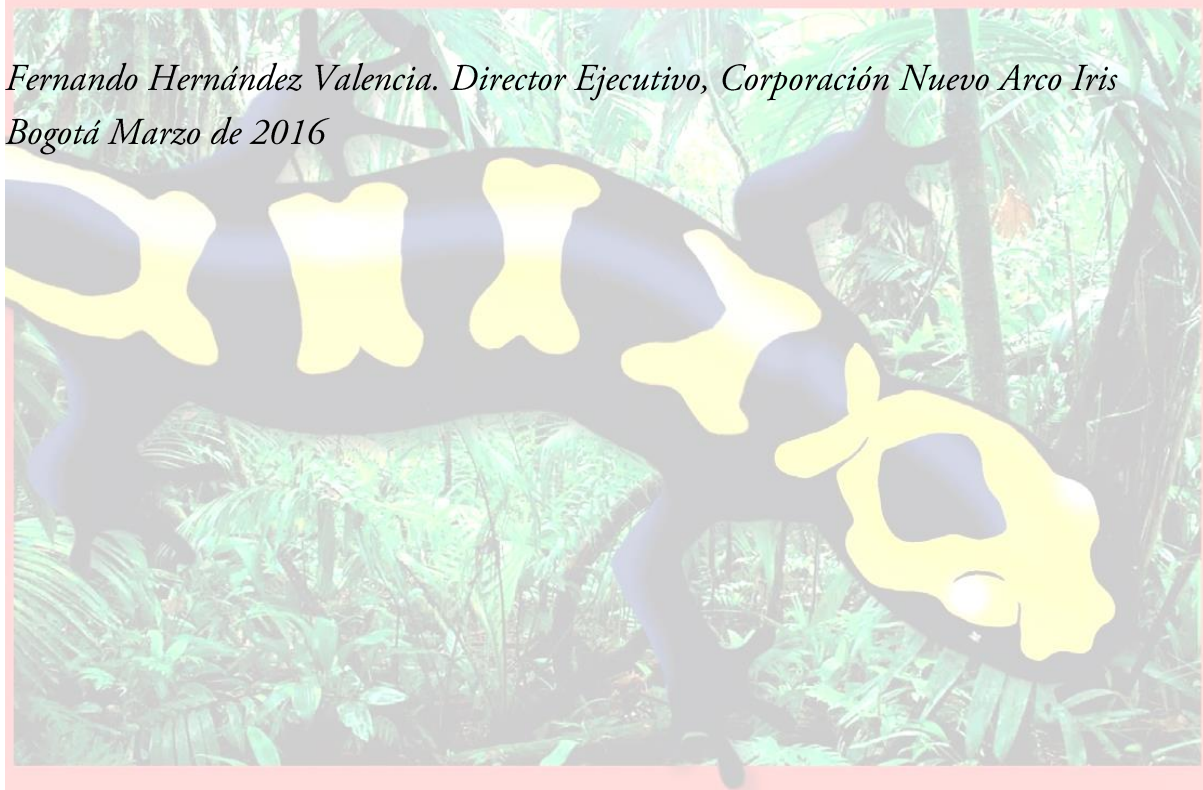
CORPORACIÓN
NUEVO ARCO IRIS
.....

YOCUENTO

Vladimir Carrillo Roza hace parte de las nuevas generaciones de colombianos cuya niñez y juventud se vio afectada por la guerra. A raíz del exilio de su padre, Cesar Carrillo, presidente de la USO, se educó en el exterior y estudió sociología, psicología y psicoanálisis, pero nunca perdió el contacto con la realidad de su país. Muestra de ello es esta novela en que practica una “literatura comprometida con el Viaje del Sujeto y el cambio de su Realidad”, escrita “desde un barrio de trabajadores al sur de Madrid”. El testimonio de Gilberto Torres, una investigación rigurosa y las técnicas de la novela enriquecidas con su experiencia de psicoanalista, logran un impresionante documento.

En 2006 publicó “Colombia, terrorismo de Estado” (Icaria) y en 2014 “Vida, trabajo y emociones en la realidad contemporánea” (Heriwal Art Studio).

*Fernando Hernández Valencia. Director Ejecutivo, Corporación Nuevo Arco Iris
Bogotá Marzo de 2016*



Aury Sará
Corporación para el Fortalecimiento de la Función Social



YOCUENTO